

CAPÍTULO 3

Jake no lo creía: Kitano iba a cobrar diez veces más que él. ¿Por qué? Se le ocurría que cinco mil dólares ya era mucho, teniendo en cuenta que era su primer trabajo. Pero le parecía un poco injusto, que a aquella asesina le pagaran tanto... Encima en un asunto en donde no tenía que matar a nadie. Claro, que a lo mejor a aquella mujer le costaba mucho no apretar el gatillo; o no cortarte a pedacitos con la espada japonesa que llevó en su primer encuentro.

No entendía cómo estando en el mismo coche, conduciendo él, la mujer no hacía el más leve gesto de reconocimiento. Suponía, o así quería creer, que cada trabajo era para ella confidencial y el hecho de conocerlo “profesionalmente”, de haberlo asustado... No, acojonado, era la palabra exacta, una tarde lluviosa en su pueblito cercano a Chicago, no tenía por que ser diferente. Pero sin embargo, reconoció ante Cardone que conocía a Puzzo de trabajos que se le encargaban desde Chicago. Un poco raro ¿No?

Se le ocurrió una idea, no sabía exactamente como ponerla en marcha. Suponía que debía romper un poco el hielo, hacerse compañeros, y en un momento en el que ella tuviera la guardia baja, atacarle con la pregunta que le daba vueltas en la cabeza “¿Porqué no me mataste?” Bueno, ésa es una de las preguntas que le rondaban. Parecía un buen plan, sí.

Respiró con calma en el asiento del Ford utilitario de su cuñado. Por fin volvía a llover, no aguantaba el bochorno que precedía a la lluvia en la ciudad. Era como si estuviera acumulando toda su mala leche para soltarla luego en forma de chaparrón. No sabía exactamente a donde dirigirse, supuestamente había que hablar con todos y cada uno de los grupos mafiosos de la ciudad. “Cómo

CAPÍTULO 3

si sólo hubieran tres o cuatro- pensó- si la vida de la niña depende del tiempo que tengamos... Lo lleva mal, muy mal” Pensó en aparcar cerca del Soho, aquello era como un territorio neutral para las mafias. Cada una de ellas tenía al menos una pequeña oficina-tienda-restaurant en el barrio; Y era más fácil comunicarse con todos los grupos por allá.

La lluvia seguía cayendo, se arrepintió de haber ido a su casa a por el coche, ahora la mujer que estaba sentada a su lado sabría donde vivía, y eso lo hacía estar en desventaja. Además, tarde o temprano acabarían metidos en un atasco, y eso era una de las cosas que menos le apetecía en esos momentos. Miró de reojo a la japonesa, y se le ocurrió llevar a cabo su plan.

- ¿Sabes?-dijo- Pareces sacada de una película de Tarantino, con ese traje de “uniforme mafioso” sexy, parecerías más mafiosa si te pusieras un traje de chaqueta negro y una camisa blanca.. Como en...

- No he visto ninguna película de ese tipo, aunque creo que no sólo los mafiosos se visten así, ¿no crees? Los del FBI también visten parecido, y los “Blues Brothers”.

- Se rió con sinceridad, aquella chica no dejaba de sorprenderle. - ¿No has visto ninguna película de Tarantino pero sí The Blues Brothers?- notaba como las lágrimas empezaban a agolparse en sus ojos - eres la caña. – Ella lo miró, aunque seria, tenía un brillo de diversión en los ojos. Habría pensado que no tenía sentimientos, y era algún tipo de autómeta.

- Bueno, no me dedico a ir al cine, y llevo poco más de un año en Nueva York, así que no he podido disfrutar de las “genialidades” del cine americano.- No le pudo poner un tono más irónico a la última frase, pensó Jake, sabía que últimamente el cine americano, el supuesto esplendor de Hollywood estaba desapareciendo paulatinamente. Pero aún así sintió una pequeña punzada de dolor en su ego de americano.

CAPÍTULO 3

- El cine japonés tampoco es una maravilla, ¿Sabes? Con Godzilla una y otra vez, por lo menos hace poco se estrenó “El último Samurai”, ah bueno, también tenéis “Los siete samuráis” Es verdad, se me olvidaba. – Se rió sardónicamente... Vaya, le había dañado su ego más de lo que pensaba, da igual, ella había sido un poco maleducada al criticar así el cine de su país.

- Sí bueno, tienes razón. Aunque no la tengas – Esto sorprendió sobremanera a Jake, el cual casi se salta un semáforo en rojo – No merece la pena instruir a alguien en el cine japonés cuando piensa que éste se resume a “Godzilla” y a “Los siete samuráis” Y sí, yo también tengo ganas de ver la última de ese actor americano tan famoso... ¿Cómo se llamaba? Sí, Tom Cruise; Seguro que él y el director de la película han sabido captar la mentalidad del Japón feudal decadente. Sí, también dicen que hablan en japonés. A ver que tal lo hacen, ¿No crees? – Jake no sabía si también estaba siendo irónica con “El último Samurai” o si realmente estaba interesada. Toda ella resultaba un misterio.

Decidió dejar la conversación, el tono cortante de la mujer lo cohibía. Suponía que alguien que se dedica a matar a las personas no sería muy sociable. Pero de ahí, a parecer una filósofa irónica... Decidió dejar el coche en un Parking cercano a Central Park. Pensaba que podían cenar algo antes de empezar a hablar con mafiosos que no tendrían muchas ganas de ser comunicativos con ellos. Buscaba un restaurante que tuviera un poco de todo, para que así Kitano pudiera elegir, no fuera a ser, que comiese cosas tan raras como su manera de actuar con la gente. Lo seguía como una especie de fantasma, sin decir nada, observando a todos sitios, como si estuviera preparándose para una emboscada inminente.

CAPÍTULO 3

Kitano caminaba a unos pasos por detrás de Jake. Se alegraba en parte de no tener que mantener una conversación. El intento de acercamiento no había resultado muy bien. No entendía cómo alguien tan joven (tenía claro que esa chica era bastantes años más joven que él) pudiera ser tan solitaria. Estaba claro que el hecho de ser una asesina a sueldo no ayudaba a que se socializara, pero había algo más, y no estaba muy seguro de querer saber de qué se trataba.

Caminaron unos quince minutos, Jake no sabía por qué local decidirse. Se había dado cuenta de que en el SOHO abundaban los restaurantes étnicos, y los clásicos se salían de sus posibilidades. Aunque, pensándolo bien, no se ganaban cinco mil dólares todos los días. Se decidió por el “O’sole mio” Un italiano con bastante buena pinta y cuyo plato más barato costaba treinta dólares. Se acercó a él con decisión, preguntándose si a su compañera le gustaría la comida italiana. Se sentía en el deber de preguntarle, así que se dio la media vuelta y le habló.

- Oye, Kitano, - dijo sin mucha convicción, como si se esperara la respuesta de la joven, aún no era capaz de mantener su mirada más de unos segundos - ¿te gusta la comida italiana?

- Sí, gracias. ¿Ya te has decidido?- ella había estado observando como durante todo el trayecto Jake había parado en todos los restaurantes que pasaba, observando dudoso si entrar o no.- Cualquiera hubiera valido, te agradezco que contaras conmigo.

- Bah, no lo he hecho por ti, simplemente no sabía por cual decidirme.

- Ah, entonces mejor que mejor. Entramos en éste, ¿entonces?

- Sí.

Al entrar en el amplio establecimiento, Jake se percató de cómo Kitano observaba todas las

CAPÍTULO 3

posibles entradas y salidas. Era como si lo hiciera automáticamente, sin pensar. Después de un minuto de pie, observándola, ella pareció salir de su ensueño.

- ¿Has elegido mesa ya? ¿Cuál prefieres?

- Pues no sé- contestó algo molesto. Estaba esperando a que ella dejara de mirar para todas partes, como si fuera un perro enjaulado – ésa de la esquina me parece buena, así no llamaremos demasiado la atención, ¿no crees?

- Ah, pues sí, ésa es perfecta – se dirigió hacia una pequeña mesa para dos, en una zona un poco oscura, iluminada por unas velas. Ella también la había elegido.- supongo que este restaurante no está regentado por ningún Capo, ¿Verdad? – sonrió.

A Jake le extrañó ver esa sonrisa tan sincera en su boca, le parecía que aquella mujer era incapaz de expresar sentimientos demasiado evidentes en su hermosa cara. Le gustó que intentara ser simpática con él, aunque fuera haciendo una broma que era de un poco de mal gusto. Él también le sonrió e intentó hacer un comentario que zanjara el tema de los capos sin parecer demasiado cortante.

- Creo que no, - soltó una risita nerviosa - aunque con la racha de suerte que llevo, a lo mejor no está regentado por uno sino por dos.

- Quien sabe – en ese momento llegó un chico joven con rasgos sudamericanos, moreno, nariz redonda y boca carnosa y bien contorneada; llevaba un delantal de cuadros rojos y blancos. A juego con el pañuelo que le colgaba sobre los hombros.- Ah, buenas noches.

- Buenas noches, caballero y señorita, ¿Desean la carta? – El joven les dio a cada uno una pequeña archivadora de fundas de plástico, hecha de polipiel negra con el nombre del restaurante grabado en color dorado.- Les recomiendo las Tagliatele al salmón y el carpaccio del

CAPÍTULO 3

mismo pescado. El salmón nos ha llegado hoy, está muy fresquito. Si lo desean, puedo pedir al cocinero que se lo hagan a la plancha.

- Bien, - contestó Jake- entonces yo quiero salmón a la plancha, si no es mucho inconveniente.

- Yo tomaré lo mismo – siguió Kitano.

- Okey, ¿De beber?- el joven apuntaba la comanda en un block de cuadros- Tenemos un Moscatto dasti muy bueno.

- Pues... Sí, venga, dos copas de Moscatto.- Jake estaba contento, parecía que Kitano y él empezaban a llevarse mejor.- ¿Te parece bien, Kitano?

- No suelo beber cuando estoy trabajando, - contestó ella, “Vaya, -pensó Jake- con lo bien que estaban yendo las cosas”- Pero como son las ocho y no creo que hagamos mucho más hoy estoy de acuerdo, dos copas de ése vino.

- Bien, ¿Desean algo más?

- No gracias.

El camarero se marchó deprisa, esquivando las mesas con clientes, hasta la barra; donde esperaba un hombre más mayor que él. Éste le pasó la pequeña botella de vino, y dos copas de cristal. Después de esto, colocó el pedido de su mesa en una pared con clavos y llena de números; justamente en el clavo marcado con un diecisiete. Se metió en la cocina, y no salió hasta que el joven camarero sirvió a los dos compañeros.

CAPÍTULO 3

Jake no sabía muy bien qué decir, aquella situación le recordaba demasiado a una especie de cita, y hacía muchos años que no tenía ninguna cita con una mujer. Pensó en hablarle del tiempo, de la gente que estaba entrando, incluso volvió a pensar en tener una conversación cinéfila con ella, pero lo descartó. Al final encontró un tema que le estaba rondando por la cabeza, uno de ellos. Cuando Kitano empezó a hablar de los miedos de las personas, y de cómo la mayoría de ellas huían de ellos, se sintió muy identificado. Recordó como durante toda su vida había estado huyendo; primero de su madre y de sus sermones, luego de los sermones de los profesores del instituto, del trabajo, de Jimmy, de Julie... Incluso pensaba que había huido de la responsabilidad de ser padre. Le gustó la mentalidad que tenía la japonesa, cómo decía que había que enfrentarse a todos los miedos, desde el más pequeño, aún dando la vida en ello si era necesario.

- ¿Sabes? – empezó tímidamente Jake – me gustó mucho lo que dijiste sobre los miedos de la gente, y de que hay que enfrentarse a ellos. Me recordó a mi vida, y a las personas que me han rodeado en todo su transcurso.

- Vaya, - aunque en el despacho de Puzzo, Jake le había dicho que le resultaba hermoso lo que Hanako había comentado, creía que lo hacía más por aparentar y quedar bien que por el hecho de que realmente le gustase. Pensaba que no lo entendía, aunque le hubiera puesto mucho empeño en aparentar que sí- Sinceramente, no creía que entendieses lo que dije. No por que piense que no seas capaz de entenderlo- dijo con rapidez al ver la mirada de sorpresa, y ego dolido de su interlocutor- Creía que lo hacías sólo para caerme bien o algo así; me alegra haberme equivocado. Supongo que es fácil sentirse identificado con lo que dije, al fin y al cabo hay muy pocas personas en este mundo que se enfrenten cara a cara con sus miedos; yo no soy una de ellas.

- Algo así me pareció entender en el despacho de Puzzo. ¿De qué o de quién huyes tú?

- De todo, Palucci. Sólo hay una cosa de la que no huyo, la muerte. No es que corra a

CAPÍTULO 3

su encuentro, tampoco es eso. Pero en mi trabajo – llegó el camarero con él salmón, Hanako esperó a que terminase de servir para continuar.- En mi trabajo me he enfrentado demasiadas veces a ella, y ya no la temo. Un buen guerrero no debe temer a la muerte.

- Sí bueno, para los orientales es otro estado, ¿No? Lo del Karma y todas esas cosas. Mucho de tus términos no los entiendo, pero creo que me hago una idea global de lo que quieres decir. De todas maneras, algunas veces es muy difícil no huir. ¿No crees?

- Creo que hay que estar en paz con uno mismo y con su alma para poder no huir de la mayoría de nuestros miedos. Parece una contradicción, lo sé. Pero es así, yo aún no acabo de entenderlo del todo.

Jake estaba sorprendido con Kitano. Parecía que la mujer que tenía enfrente, pese a su juventud, era mucho más madura y serena de lo que él llegaría a ser nunca. Sabía que no todas las personas eran iguales; quizá él tendría más sangre fría en otros aspectos de la vida. Nunca se había planteado si él temía a la muerte o sino. La primera vez que se había enfrentado a ella fue en aquella calle de su pueblo, cuando Kitano se acercó a él cortando la lluvia, con la katana desenvainada; y en ese instante no sintió miedo. Sintió pavor, como si todo lo que él quería y por lo que había luchado se fuera a evaporar en un suspiro. Suponía que si él fuese un asesino, tampoco tendría miedo a la muerte, si no, ¿Cómo sería capaz de matar a nadie siempre que se lo encargaran? A lo mejor ella no tenía sentimientos, ¿Cómo podrías sentir algo, alegría, tristeza... cuando matabas a alguien? ¿Qué diferencia habría entonces entre la japonesa y un psicópata?

La cena transcurrió tranquila, no volvieron a hablar de cosas profundas, y a Jake le pareció

CAPÍTULO 3

que si no hablaban de asuntos metafísicos Kitano no contestaría con una frase muy larga, con lo cual al terminar la cena, Jake salió del restaurante asumiendo que no tendría una conversación normal hasta que acabara el trabajo y se alejara de esa mujer. En varias ocasiones se sintió tentado a romper su propio plan y preguntarle directamente a Kitano porqué actuaba todavía como si no lo hubiera visto en su vida. La ocasión había pasado, y sólo quedaba ya buscar algún lugar donde poder entrevistarse con algún grupo de los de la lista.

La lluvia les visitó de nuevo, caminando entre el gentío pasaban una calle tras otra, ahora era Kitano quien caminaba delante, con decisión, como si supiera hacia donde iban. Y así era, al doblar una esquina cuando pasaban por unas de las calles más abarrotadas se encontraron frente a una gran tienda de empeños. En su escaparate se podían ver televisores a un precio más barato que en las tiendas de electrodomésticos. Los había de todas las marcas, y parecía por el rápido vistazo de Jake que también de todas las épocas. Al abrir la puerta de cristal sonó una campanita, y casi instantáneamente apareció una mujer de unos cuarenta años frente al mostrador. Tenía el pelo teñido de rubio platino, recogido en una coleta de caballo. Sus cejas, que casi parecían dos estrechas líneas, eran totalmente negras, y las enormes pestañas del mismo color resaltaban unos enormes ojos azules. Sus labios finos estaban pintados de un rojo oscuro que a Jake le recordaba al pintalabios que solía usar su madre cuando, siendo él muy pequeño, su padre venía de visita desde Chicago. La dependienta vestía unos vaqueros de corte femenino y una camiseta rosa, que enseñaba a quien quisiera mirar unos enormes pechos. La mujer los miró un momento, sondeándolos, y habló; su tono era cansino, como si la hubieran pillado justo en el momento de cerrar.

- Buenas noches, ¿Qué desean?
- Buenas noches, me gustaría hablar con Carlov.

CAPÍTULO 3

- La mujer cambió la expresión se puso tensa y desvió la mirada. – En estos momentos no se encuentra, lo siento mucho.

- Ya, dígame que Kitano está aquí y quiere verle. - Volvió a fijar la mirada en la joven

- Ya le he dicho que no está.-Una voz sonó entonces tras la puerta que se encontraba a la izquierda del mostrador, era masculina.

- Déjalos pasar, Mila, y que no me moleste nadie mientras estoy reunido.

La mujer los miró con rabia, y con el mismo cansancio con el que arrastraba la voz, caminó hasta la zona en que los dos mostradores se separaban para dejar un acceso, cerrado solamente con una fina cadena y un cartel que rezaba “Prohibido el paso”. Retiró la cadena y con un gesto irónico que imitaba a una reverencia les dejó pasar.

Entraron a un pequeño despacho: la mesa de cristal colocada en la pared de enfrente a la puerta, estaba llena de papeles que parecían facturas; a la izquierda de la persona que presidía la mesa, había veinte monitores que vigilaban la tienda y otras habitaciones. Jake pensó que no era muy buena idea que, fuese quien fuese el hombre que estaba sentado observando como entraban, le pillara mirando las imágenes. Kitano se sentó en una silla cercana al escritorio e hizo un leve gesto con la cabeza para que él hiciera lo mismo en la silla que tenía a su lado. El hombre, sentado tras los papeles, era bastante corpulento. Tenía el pelo castaño y grasiento recogido en una coleta muy parecida a la de la mujer del mostrador. Vestía una camisa blanca y unos pantalones color caqui. Tras las gafas de pasta los observaban unos ojos luminosos, de un marrón miel. Y tenía una poblada barba de la que salían varios mechones de canas blancas.

CAPÍTULO 3

- No recuerdo haberte llamado para nada Kitano.- Su voz era grave, sin embargo no parecía amenazadora más bien curiosa. - ¿qué te trae por mi tienda?

- Me han encargado un trabajo y necesito que me des cierta información.

- ¿Y qué información quieres que te dé? ¿No te habrán mandado a liquidar a nadie de los míos?

- No, no es un trabajo convencional. Necesito saber si Tratchacov o alguno de los suyos ha secuestrado a la nieta de Cardone.

- ¿Estás loca? Hace años que tenemos una tregua con los italianos, no tenemos ninguna razón para secuestrar a nadie. Deberías saberlo.

- Yo puedo saber muchas cosas, pero tengo que asegurarme.

- Pues ya lo sabes ¿la nieta de Cardone, dices? No sabía que tuviera una nieta... – desde el principio de la conversación su interlocutor no había dejado de mirar a los ojos a la japonesa, en ese momento giró la cabeza (y Jake estaba casi seguro que parte de su cuerpo) y fijó su mirada en él - ¿Y tú quién coño eres?

Kitano no dejó que Palucci contestara; antes de que abriera la boca ella ya había contestado.

- Trabaja conmigo.

- No sabía que tuvieras un compañero. – Su tono era divertido, había vuelto a mirar a los ojos a Kitano, y en su mirada parecía adivinarse algo de malicia. – A lo mejor eso te ayuda a relajarte un poco. Ya sabes que a Tratchacov le gustaría tenerte, como alguien dijo, en su plantilla...

CAPÍTULO 3

- Lo sé, y sabe que no voy a aceptar. Y como siempre te digo: no es por mi sociabilidad por lo que me pagan.

- Ya, tampoco te pagan por buscar niñas secuestradas, ¿eh?- Se preguntaba porqué la japonesa había aceptado ese encargo, se rió por lo bajo, quizá sí tenía puntos débiles...

- Muy gracioso, ¿Sabes algo del asunto?

- Eso te costará dinero, mil pavos tal vez. – Kitano cogió su bolso y metió la mano buscando algo – no me irás a disparar, ¿Verdad? – Sabía que no lo haría, ella nunca disparaba así como así, pero por si acaso, prefirió preguntar.

- No, - Sacó un pequeño fajo de billetes y los puso sobre la mesa.- aquí van quinientos, sabes perfectamente que la información no vale más.

- Uy – su tono divertido era cada vez más claro, su acento era ya de por sí gracioso, parecía pararse en las erres, y las pronunciaba con mucha fuerza. – Casi te engaño. Con eso me vale, - cogió el dinero de la mesa y lo guardó en uno de los cajones de la misma – no sé nada de ninguna niña nieta de un italiano secuestrada. Te puedo asegurar que no ha sido ningún grupo ruso de la ciudad, ni de los países del Este, tenemos una especie de alianza con ellos digamos que... Espero que esto no salga de aquí.

- Sabes que no, ni él ni yo sabemos nada de nada de nadie. ¿Verdad Jake? – el interpelado se sobresaltó, estaba demasiado concentrado observando a aquel personaje que no se había percatado de que Kitano se había dirigido a su persona.

- Ehrm... Sí, claro claro. Soy una tumba.

CAPÍTULO 3

- Y si no lo eres – dijo el ruso – y dices algo, acabarás en una. – Ahora su tono sí era amenazante, por un momento le pareció que aquella voz grave lo llamaba directamente desde el sepulcro. – Bueno, digamos que no habría un movimiento grande, como el ataque a alguien de la familia de Cardone, por su parte sin que nosotros lo sepamos antes. Con lo cual, nosotros estamos limpios. Espero que a ese viejo no le dé por ir vengándose de cualquiera que le resulte sospechoso. ¿Pero en serio que estás buscando a una niña? ¿Es que te han metido en la nómina de los italianos o has dejado de matar, o algo así?

- No, no estoy en la nómina de nadie, y no, no he dejado de matar. Puedes tomártelo como un trabajo extra. – Kitano se levantó de la silla y Jake rápidamente la siguió, tenía la sensación de que en este trabajo iba a conocer a los “relaciones públicas” de todos los grupos mafiosos del país. Y no tenía demasiadas ganas de ello. – Gracias por tu información Carlov. Nos veremos.

- Espero que no. ¡Cuídate!

Salieron de la tienda por donde habían entrado, la mujer que los atendió al principio estaba sentada viendo una de las teles fuera del mostrador. En el estropeado electrodoméstico las imágenes se sucedían. Estaban dando las noticias, nuevos soldados muertos en la guerra de Irak, varios hombres que matan a sus mujeres... No hubo ninguna noticia buena. Jake observaba extasiado el aparato, como si nunca hubiera visto uno, o como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces de las locuras que cometía el ser humano. Kitano posó una mano sobre el hombro, que le sacó de su ensimismamiento y, sorprendido por el contacto, observó la hermosa mano de la chica: Sus dedos era finos, y su piel blanquísima; tenía las uñas cortas pero muy bien cuidadas, parecía que nunca había utilizado sus manos. “Vamos” – Le dijo. La siguió más automáticamente de lo que hubiera querido.

CAPÍTULO 3

No sabía por que se sentía de esa manera. ¿Acaso no escuchaba siempre lo mismo a la hora de cenar? ¿Qué era lo que había cambiado ahora? En parte lo sabía, aunque no quisiera darse cuenta. Lo que cambiaba, volvió a posar su vista en las imágenes de la pantalla, era que la mayoría de la gente que mira “las noticias no sabe, o no se quiere dar cuenta, de que en su país, en su ciudad, en su barrio, pasan cosas importantes y quizá más preocupantes que la guerra de Irak. Cosas que deben ser atendidas por nosotros.” Una oleada de tristeza le invadió, se sentía como un padre que ve cómo sus hijos se corrompen con la droga y la violencia y no hace nada.

El contacto había cesado, se giró para observar a su compañera, pero no estaba, la veía a través del cristal de la puerta; fumando un cigarro, con una pose casi militar. Decidió irse, se despidió de la mujer que miraba con ojos voraces la televisión. Ni siquiera levantó la mirada cuando se marchó y la campanilla volvió a sonar.

Volvían a estar en la calle, seguía lloviendo y a aquellas horas ciertas partes del Soho empezaban a ser peligrosas para los transeúntes solitarios. Caminaron hasta llegar a la puerta de Dean & DeLuca, el cual estaba lleno de gente, y un profundo olor a café invadió los sentidos de Jake.

- Parece que esto es una de esas cafeterías que tienen cafés de todos sitios, me gusta el olor que sale. Algún día podría venir a probarlos, aunque a mí el café no me hace demasiado tilín - comentó de forma casual. - Kitano, que parecía buscar algún taxi vacío se paró en seco y lo miró.

- Eso es una de las tiendas más caras y selectas de Nueva York. Su expresso no está mal – después del parco comentario, se centró en cuestiones más urgentes - Estamos en Broadway, deberíamos ir ya a la dirección que nos dio Puzzo y contarle lo que nos ha dicho Carlov, si te pregunta... “¡pfiiuu!” – Silbó a un taxi y le abrió la puerta a Jake para que entrara – no le digas nada sobre la gente del Este. Le diré que pregunté a alguien de los ucranianos... ¿Está claro?” Jake

CAPÍTULO 3

asintió, la verdad es que le sentaba bastante mal la actitud siempre cortante de la nipona, se estaba empezando a cansar.

Pensó que lo asesinos a sueldo también estaban locos, quizá no tanto como los psicópatas, pero que sí tenían alguna fobia a las personas o algo así. Ahora ella no tenía porque tratarlo mal, él no era ya el centro de su trabajo, o eso esperaba, debería empezar a tratarle con más respeto. Sí, se lo diría... La semana que viene.

El taxi se dirigió entre el numeroso tráfico a la Novena avenida con la sesenta y dos Oeste. El edificio estaba justo enfrente del “Lincoln Center”, el portero les llevó educadamente al piso de Puzzo. Las puertas parecían antiguas, con grabados florales y unos pomos con forma de flor. Ninguno de los dos creía que el pedante Puzzo hubiera elegido la casa, probablemente tuviera alguna amante que se lo hubiera diseñado, o incluso su madre. La asistenta les hizo pasar muy amablemente y les informó de que el señor tardaría unos minutos en aparecer. Preguntó solícita si querían algo, pero Hanako se adelantó a Jake, que iba a pedir un whisky, rechazando la invitación.

Entraron en el casi desierto salón, Hanako se asustó un poco, pensaba que era la única persona que no había amueblado su casa después de un par de meses. En la espaciosa estancia, iluminada por enormes ventanales con estilo floral, descansaba un hermoso y brillante piano de cola negro que, aunque lustroso, en su superficie podían adivinarse las señales del paso del tiempo. Sin embargo, allí sólo, acompañado de la gastada banqueta, daba la impresión de ser un ente eterno que llevaba en ese lugar, en esa misma posición, sin cambiar un ápice, toda la eternidad.

Jake nunca había estado en un lugar tan elegante, y a la vez tan vacío y tan impersonal. Estaba claro que la casa tenía que costar, como decía su madre, un ojo de la cara, pero en esos momentos no cambiaría por nada el pequeño piso alquilado de la señora Piamonte. Al fin y al cabo, lo mejor de tener una casa era considerarla tu hogar y estaba claro que el creído de *ese Puzzo* no sentía aquel

CAPÍTULO 3

piso como suyo propio.

Seguía sin entender porque Hanako se estaba haciendo la loca con respecto a su anterior encuentro, empezaba a pensar que a lo mejor la estaba confundiendo, aunque... ¿Cuántas mujeres orientales se paseaban bajo la lluvia katana en mano trabajando para capos de la mafia? Esperaba que sólo una...